

JORGE LUIS BORGES: EL SENTIDO HEROICO DE LA VIDA

Dolores Comas de Guembe
Universidad Nacional de Cuyo

La existencia humana es riesgo y al mismo tiempo aceptación del riesgo. De aquí el carácter de prueba que tiene la vida humana y por ende toda situación desde la cual se espera. La vida humana es riesgo en cada presente porque cada presente al concretarse como una elección prepara y orienta el futuro.

¿Qué puede y qué debe hacer el hombre, un ser deficiente y perfectible, frente al riesgo y la prueba? Dos posibles vías salen a su encuentro: afirmarse para la creación o negarse y retraerse en sí mismo. La primera vía exige valentía, sacrificio y, fundamentalmente, libertad. El alma sale entonces a la prueba entregándose a la creación pero en actitud de comunión y de esperanza. Y es ésta, en su misma raíz, el fundamento metafísico de la existencia.

En las circunstancias adversas de cada destino biográfico, sólo una voluntad vigorosa y tenaz, sólo una voluntad calladamente heroica, podrá volver a tener esperanza, pues en el seno de la desolación histórica, o de la enfermedad o de la angustia, descubre que la realidad, más allá del tiempo y de la muerte, mana de un fondo creador, gratuito y obsecuente. Descubre que su “ser pensante” –como lo diría Descartes– es una persona moral, en el seno del yo empírico e histórico. Hombre, luz consciente de su originalidad

radical, de su voluntad de plenitud histórica, que otorga sentido a la realidad de las cosas y descubre con asombro la misteriosidad de lo real. Es en *Fervor de Buenos Aires*, 1923, libro del cual Borges afirma su continua reescritura, donde esta conciencia moral, pensante, empírica, histórica, descubre su originalidad radical: el misterio del ocaso y de las calles que ahondan un poniente, los pasos de la niñez que comienzan el laberinto múltiple, el amor siempre naciendo y el oculto temor ante un espejo vano que nos mira y que mañana indiferente mirará a otros.

Este es el humano vivir. Pero, ¿a partir de qué indicios, de qué claves consideramos que la actitud de J. L. Borges podía ser valorada como un continuo esfuerzo, como un acto intencional que se orienta hacia la búsqueda de sentido espiritual, con un ansia inacabada de autocreación y de superación de los propios condicionamientos? En suma la tensión heroica que es propia de aquel que en plena libertad decide responsablemente realizar en sí mismo los valores para los que se siente llamado.

Sin duda todo enfoque biográfico y antropológico realiza un camino crítico que partiendo de la historia del autor persigue en su obra el reflejo de esta historia. Nosotros hemos realizado el camino inverso: la lectura meditada de sus poemarios fue el punto de partida para encontrar al hombre mismo, ése que inscribe su huella en los espacios de silencio del poema.

Como todo hombre, es único, como es único Asterión. Como él, Borges siente su íntima soledad, y su separación de los otros seres. Su voz cantará esta unicidad en el poema “Mi vida entera” y que señala su retorno a Buenos Aires, “Aquí otra vez, único y semejante a vosotros”. Como el mítico Asterión caminará su laberinto de calles que son catorce y por tanto infinitas para reflexionar sobre sus escasos veinte años y que ya considera su vida entera. Cada día ha traído un nuevo asombro, un nuevo misterio, y también un dolor. Es un joven poco atractivo, de rostro “carnoso”, nos dirá Estela Canto² –cuando lo conoce, dos décadas después–, con miopes ojos celestes y todavía con una voz quebrada e indecisa. No

despierta la inmediata admiración femenina y él lo sabe. En este primer libro la urdimbre de su destino de escritor muestra tan sólo una pequeña trama. Trama en la que ya se pueden vislumbrar las figuras que el hombre y el poeta irán trazando, el verdadero rostro de Borges que “pinta ante la cal de una pared”. La primera de ellas es la consideración de la vida como pruebas con las cuales jugarán un juego continuo las otras piezas de su meditación, la práctica del sacrificio, la meditación de la muerte y, fundamentalmente, la consideración de la vida como un ejercicio de creación poética. Muy brevemente explicitaré cada uno de estos aspectos.

Veamos en primer término la reflexión sobre la vida como prueba.

El dolor, la limitación, “la forzosidad humana de vivir en avidez constante”, tienen un sentido o carecen de él. He aquí el dilema definitivo de la existencia humana. Este hombre, desde niño y desde joven, debió ir aceptando su propio cuerpo. Su madre habla de la corpulencia del adolescente cuando en el zoológico contempla el paso muelle de los tigres.

Estela Canto nos presenta una imagen muy deslucida del entonces poeta poco conocido por el público. La cita refiere el primer encuentro en el mes de agosto de 1944:

Yo había oído que Borges no era exactamente buen mozo, que ni siquiera tenía un físico agradable. Sin embargo, estaba por debajo de lo que yo había esperado [...] regordete, más bien alto y erguido, con una cara pálida y carnosa, pies notablemente chicos y una mano que, al ser estrechada, parecía sin huesos, floja, como molesta por tener que soportar el inevitable contacto³.

También María Esther Vázquez incorpora a su último libro sobre el escritor una fotografía del año 1939 en la que Borges está de pie junto a Haydée Lange y donde el mismo Borges en el dorso se designa “*Wounded Tapir*” -tapir herido. La foto muestra a un

hombre casi obeso, circunstancialmente de bigote y barba, con un traje claro y arrugado⁴.

Borges era entonces el enamorado desdeñado, pudoroso de su intimidad, que admiraba al hombre de acción y de coraje. Una valentía heroica que decía no poseer. Sin embargo su valor está en aceptar calladamente las limitaciones que va imponiéndole un cuerpo que no ha elegido, una voz que nombra vacilante, nombramientos en cargos humillantes, una ceguera que hereda de su padre, y por sobre todo el fracaso ante el amor.

En principio ningún hombre acepta el dolor, trata de evitarlo, pero así como el azar es seguro, también para el hombre es seguro el sufrimiento. Solo cuando hace suyo el dolor inevitable y lo acepta, se le revela, aunque oscuramente, que el sufrimiento no es absurdo aunque lo parezca y que la aflicción tiene en sí misma un sentido. Los grandes trágicos griegos bien sabían que el padecimiento es fuente de enseñanza (*pathei máthos*), repitiendo así tanto el saber filosófico como el experiencial de que no es posible la perfección sin el dolor. O sea que como la vida es prueba, ésta es la prueba fundamental, en la que es “probada” nuestra voluntad de perfección o de “futurición”: aceptar el dolor como prueba.

Esta aceptación de la vida como prueba engendra a su vez la paciencia y la resignación. La sentencia de Heráclito: Quien no espera –quien no ejercita la paciencia– no alcanzará lo inesperado. Desde sus primeros libros Borges se nos presenta como aquel que espera con paciencia una revelación, el instante fugaz en que el mundo o la tarde está por decirnos algo. En sus caminatas nocturnas, consciente de su soledad, menciona sus antiguas derrotas de una tierra en el cielo. Las derrotas de su vida que no entiende. Muchos años después acertará a definir lúcidamente esta emoción en su “Arte Poética”, cuando marca ya desde el infinitivo “Mirar el río hecho de tiempo y agua”, ese continuo presente, el único tiempo en que vivimos y la continua paciencia del hombre que observa la vida que como el agua pasa y es otra.

Su pensar nace fundamentalmente de la perplejidad ante sus calladas desventuras. (Desventuras que incluso no confiaba a su madre, como se hubiera creído). Si no es posible para el hombre la felicidad perfecta, tampoco es posible la infelicidad perfecta. De allí el atisbo de consuelo frente a las adversidades. De la convicción de nuestra temporalidad deficiente y perfectible y de nuestra imperfección también nace el consuelo y la aceptación del sufrimiento, pues todo pasa como el agua pasa. La infelicidad no es perfecta. Si como dice Anderson Imbert el conocer la biografía de un autor es escuchar tan solo la tenue melodía de una vida, esta melodía aunque tenue –en el caso de Borges– está acompañada de la metamorfosis de las diarias vicisitudes vertidas en poemas. Escuchemos su voz en “Ausencia”, uno de los poemas de *Fervor de Buenos Aires*:

[...]
 ¿En qué hondonada esconderé mi alma
 para que vea tu ausencia
 que como un sol terrible, sin ocaso,
 brilla definitiva y despiadada?
 Tu ausencia me rodea
 como la cuerda a la garganta,
 el mar al que se hunde⁵.

En este texto las palabras no dicen, gimen y gritan el dolor profundo del abandono. En los espacios de silencio el lector se confunde con el poeta en su clamor.

Otro gemido escucharemos en el poema “Cristo en la cruz” publicado en 1985 en *Los conjurados*. El poeta se interroga sobre el porqué de su sufrimiento. Cristo está en la cruz. Su rostro es áspero y judío. Inmediatamente agrega “No lo veo”. La fuerte antítesis separa la creencia de la íntima visión. Borges ve solamente al Cristo histórico, no al de la fe, por eso insiste en los dos versos finales sin comprender todavía el sentido de la redención

¿De qué puede servirme que aquel hombre
haya sufrido, si yo sufro ahora?

Consideraremos ahora la continua meditación ante la muerte.

El pudor de Borges se manifiesta en su grado máximo en la autobiografía cuando menciona muy brevemente la muerte de su padre. Las otras muertes, las de sus antepasados, son motivo de reflexión y de elogio. Su propia muerte es algo que considera en cada etapa de su vida. Desde *Fervor de Buenos Aires* está presente en “La Recoleta” “Calle desconocida”, “La plaza San Martín” que “se abre como la muerte, como el sueño”, “Inscripción sepulcral”, “Remordimiento por cualquier muerte”, “Inscripción en cualquier sepulcro”, por nombrar los títulos de algunos poemas. Tema de la muerte que se enlaza indefectiblemente con el de la soledad (“y estoy solo y conmigo”), reiterado una y otra vez con modulaciones distintas, y con la ruptura de un afecto. En *Borges a contraluz*, Estela Canto confirma esta lectura cuando nos habla de sus depresiones. En una carta que le dirigiera cuando ella estaba veraneando en Mar del Plata en casa de los Bioy, y él en Buenos Aires “sitiado por el verano”, le confiesa sus esfuerzos por escribir. La tristeza se manifiesta en estas líneas del año 1945:

Escribí lo de *tipográficamente* porque fuera de lo relativo a ese adverbio estoy muy abatido. (Un resfrío y dos insípidos días en cama han colaborado) [...] Hasta la pluma con que escribo es deficiente. Te quiero mucho.

La carta breve se cierra con una manifestación de cariño que intenta superar la vulnerabilidad íntima. Al pie de la carta E. Canto agrega: “Poco hay que decir sobre esta carta, corrobora las otras y muestra los ataques de abatimiento a los que era tan propenso y que le hacían tanto daño a su alma”⁶.

Y ésta es la etapa en que su amor –creía– era correspondido. Un poema que fue incorporado a *El otro, el mismo* (1969), suma-

do a los recuerdos y reflexiones de E. Canto y la *Biografía verbal* realizada por Roberto Alifano, nos permiten vislumbrar la compleja urdimbre de su pena, la derrota final en su relación con E. Canto. El poeta vuelve al primer puente de Constitución, paseo nocturno que los unía y urde su muerte. Así comienza “Mateo XXV, 30”:

El primer puente de Constitución y a mis pies
 Frigor de trenes que tejían laberintos de hierro.
 Humo y silbatos escalaban la noche,
 Que de golpe fue el Juicio Universal. Desde el invisible
 horizonte
 Y desde el centro de mi ser, una voz infinita
 Dijo estas cosas (estas cosas, no estas palabras
 Que son mi pobre traducción temporal de una sola palabra)

El poema continúa con una enumeración que remite a las experiencias y vivencias de su vida, a la literatura, los viajes, los anhelos, la historia de sus antepasados y consigue expresar la angustia de esos momentos en que medita para su propia muerte, recordando el don mayor que recibió pero junto al sufrimiento:

Amor y víspera de amor y recuerdos intolerables.
 [...]
 Y la memoria, que el hombre no mira sin vértigo,
 Todo eso te fue dado, y también
 El antiguo alimento de los héroes:
 La falsía, la derrota, la humillación,
 En vano te hemos prodigado el océano,
 En vano el sol, que vieron los maravillados ojos de Whitman;
 Has gastado los años y te han gastado,
 Y todavía no has escrito el poema⁷.

Al pie una fecha es concluyente, 1953. Borges ha sobrepasado el medio siglo y reflexiona nuevamente sobre su vida entera: no ha conseguido transmutar su vida en el poema. Todo le ha sido dado: el

antiguo alimento de los héroes especialmente, alimento de falsía, de derrotas, de humillaciones, a él, que no pudiendo ser un héroe como Ulises, soñó con ser un héroe de la vida cotidiana, “héroe de anécdotas triviales”, según nos dice en el “Prólogo” de *El otro, el mismo* de 1964. A Roberto Alifano le cuenta muchos años después lo siguiente:

Me había dejado una mujer, una mujer de la que yo estaba perdidamente enamorado. [...] Fue algo muy duro. Yo pasé la noche en vela y a la madrugada salí a caminar para pensar en ella, pensar que estaría con otro y que me había dicho definitivamente que nunca podría quererme. De pronto me encontré en el barrio de Constitución, sobre los puentes del ferrocarril. No veía el futuro y acaso habría podido llegar al suicidio. [...]⁸.

Todo le fue dado, en especial el antiguo alimento de los héroes. Con esos alimentos de falsías, de derrotas, de humillaciones, se probó a sí mismo, conquistó el valor, el coraje. Pues como afirma André Comte-Sponville⁹ el coraje es la capacidad de dominar el miedo ante las circunstancias presentes o ante las que vendrán. El coraje, como valor personal y único, es la capacidad de superar gracias a la voluntad disciplinada las pruebas más exigentes. Borges sobrelleva la ceguera y la transforma –como al amor rechazado– en literatura. Se equipara al mítico bardo ciego, y a los sucesivos directores de la Biblioteca Nacional, en su afán de crear lazos de afecto que sólo el corazón reconoce. Singular, siempre único, funde su voz espiritual con las de todos los hombres: una forma de desinterés, de altruismo y de generosidad. Su afán magnánimo es también llegar a nombrar como el primer Adán, creando con la palabra nuevamente el mundo. Ansia, anhelo que reitera en numerosos poemas y que cifra en “Invocación a Joyce”, de 1969, y que publica en *Elogio de la sombra*.

Y, con la mención de este poema, entramos en el tercer aspecto de nuestra exposición, el ansia inacabada de creación:

Dispersos en dispersas capitales,
solitarios y muchos,
jugábamos a ser el primer Adán
Que dio nombre a las cosas.
[...]

El poema prosigue enumerando las varias escuelas literarias, los vanos intentos de poetas que desistieron de la lucha y concluye con el elogio del rigor compositivo de Joyce, con estas palabras:

Yo soy los otros. Yo soy todos aquellos
que ha rescatado tu obstinado rigor.
Soy los que no conoces y los que salvas¹⁰.

Borges, como el mítico Asterión, ha sido salvado. Su redentor secreto es Joyce, quien con su “obstinado rigor” lo incitó a la emulación. Borges al imitarlo consigue transformar, también obstinadamente y con rigor, la vida en literatura. O, para decirlo con sus palabras: “La literatura no es otra cosa que un sueño dirigido”, afirma en el “Prólogo” a *El informe de Brodie*, de 1970. Gracias a la literatura, su único destino, Borges vivió valerosamente. Se sabía un hombre bueno, al que todo le fue dado, pero que conquistó a diario, con humanas treguas, el coraje y la paciencia.

Estas son las palabras con que cierra el diálogo con Roberto Alifano:

La fama me ha llegado gradualmente, como la ceguera. Yo nunca la cultivé ni la busqué ni la alenté; es algo que de una manera muy curiosa me han otorgado los demás.

Soy un pensador. Me creo un hombre bueno y acaso un santo; lo cual es una prueba suficiente de que en realidad no lo soy.
[...]

Espero ser juzgado por lo que he escrito, no por lo que he dicho o me han hecho decir. Yo soy sincero en este momento,

pero quizá dentro de media hora ya no esté de acuerdo con lo que he dicho. En cambio, cuando uno escribe, tiene tiempo de reflexionar y de corregirlo¹¹.

En un ciclo infinito de retorno Borges retorna de la vida a la creación y gracias a ella supera el dolor inevitable. Descubre, como nuevo Adán, que la palabra –que la palabra que es poesía–, es su álgebra, su fuego, su espejo, el cielo vislumbrado en el cristal de un sueño.

NOTAS

¹ Nos dice Pedro Laín Entralgo en su *Antropología de la esperanza* (Barcelona, Guadarrama / Punto Omega, 1978, p. 134) que en la base de la inteligencia y de la voluntad “la existencia humana posee una estructura a la vez pística (*pístis*, la fe, la creencia), elpídica (*elpís*, la esperanza) y fílica (*philía*, la amistad, el amor). Porque la necesidad de creer, esperar y amar pertenece constitutiva e ineludiblemente a nuestro ser”.

² Estela Canto. *Borges a contraluz*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1989, p. 24.

³ *Ibidem*.

⁴ María Esther Vázquez. *Borges, esplendor y derrota*. Barcelona, Tusquets Editores, 1996, p. 164.

⁵ Jorge Luis Borges. *Fervor de Buenos Aires*. En: *Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 41.

⁶ Estela Canto. *Op. cit.*, p. 134.

⁷ Jorge Luis Borges. *Op. cit.*, p. 874.

⁸ Roberto Alifano. *Borges, biografía verbal*. Barcelona, Plaza & Janés, 1988, p. 208.

⁹ Véase André Comte-Sponville. *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996, p. 56 ss.

¹⁰ Jorge Luis Borges. *Elogio de la sombra*. En: *Op.cit.*, p.1005.

¹¹ Roberto Alifano. *Op. cit.*, p. 225.

¹² María Esther Vázquez. *Op.cit.*, p. 164.

BIBLIOGRAFÍA

- ALIFANO, Roberto. *Borges, biografía verbal*. Barcelona, Plaza & Janés, 1988.
- BORGES, Jorge Luis. *Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974
----- *Los conjurados*. Madrid, Alianza, 1985.
----- *Autobiografía. 1899-1970*. Buenos Aires, El Ateneo, 1999.
- CANTO, Estela. *Borges a contraluz*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1989.
- CARISMA n. 13, *El sentido del dolor*. Buenos Aires, Editorial Patris, 1985.
- COMTE-SPONVILLE, André. *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996.
- FRANKL, Viktor E. *Homo Patiens*. Buenos Aires, Plantin, 1955.
- LAIN ENTRALGO, Pedro. *Antropología de la esperanza*. Barcelona, Guadarrama, 1978.
- VÁZQUEZ, María Esther. *Borges, esplendor y derrota*. Barcelona, Tusquets Editores, 1996.